

www.elboomeran.com

JOSEPH ROTH

EL PROFETA MUDO

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JUAN JOSÉ DEL SOLAR

EPÍLOGO
DE WERNER LENGNING

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *Der stumme Prophet*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1989 by Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG,
Colonia, Alemania, y Verlag Allert de Lange, Ámsterdam, Holanda
© de la traducción, 1982 by Juan José del Solar Bardelli
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15277-79-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 17 434-2012

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

La Nochevieja de 1926 a 1927 me hallaba en compañía de unos cuantos amigos y conocidos en Moscú, en la habitación número nueve del Hotel Bolschaia Moskovskaia. Para algunos de los presentes, aquella manera de celebrar la Nochevieja, en privado, era la única posible. Pues si bien su estado de ánimo les hubiera permitido manifestar en público su humor festivo, tenían que tomar ciertas precauciones y temer, por su parte, que otros las tomaran. No podían mezclarse con los extranjeros ni con ciudadanos nativos, y aunque más de uno—por amor a sus ideas—hubiera desempeñado ya repetidas veces el papel de «observador», evitaba, con justa razón, convertirse él mismo en objeto de observaciones extrañas.

En mi habitación flotaba aquel humo de cigarrillos que nos resulta familiar por las novelas de la literatura rusa. Yo abría tan pronto la parte superior de la ventana (mis invitados me hubieran prohibido abrirla toda), como la puerta que daba al pasillo y por la cual nos llegaban toda suerte de ruidos: música, voces, copas, pasos y canciones.

—¿Saben ustedes—preguntó Grodzki, un polaco de origen ucraniano que había trabajado un tiempo para la Checa en Tokio y al que me ligaba cierta intimidad desde que le encargaron preparar un informe sobre mi persona y yo le aseguré recordar perfectamente su actividad en el Japón—, saben ustedes quién vivía hace tres años en esta habitación, la número nueve?—Unos cuantos lo miraron con aire interrogativo, y él saboreó aquellos segundos de silencio. Como muchos de los que trabajaban en los servicios

secretos, Grodzki se enorgullecía no sólo de saber muchas cosas, sino de saber algo más que los otros—. Kargan—dijo al cabo de un momento.

—¡Ah, el tipo aquel!—exclamó el periodista B., conocido por su ortodoxia.

—¿Por qué ese tono despreciativo?—preguntó Grodzki.

—Porque probablemente hayamos alojado a muchos individuos como él en esta habitación número nueve—replicó B. lanzándome una mirada.

Los demás intervinieron. Casi todos creían haber conocido a Kargan, y casi todos emitieron sobre él un juicio más o menos desfavorable. Ya conocemos el vocabulario inventado por la teoría ortodoxa para designar a los revolucionarios con un pasado intelectual, por lo que prefiero no citar literalmente la opinión de cada uno.

—¡Anarquista!—exclamó un tipo.

—¡Rebelde sentimental!—dijo un segundo.

—¡Intelectual individualista!—acotó un tercero.

Es posible que en aquel momento yo sobreestimara la ocasión de defender a Kargan. En cualquier caso, y pese a tener mis razones para suponerle entonces en París, me pareció, por algún motivo que no lograba explicarme, que él era mi huésped y yo tenía la obligación de protegerlo. Acaso Grodzki, al recordarnos que Kargan había vivido unos años antes en aquella habitación, ahora mía, me animó a pronunciar un extenso discurso apologético. Aunque en realidad no fue un discurso. Fue una historia, un intento de biografía. Entre todos los presentes éramos yo y Grodzki, al que su profesión obligaba a conocer a todo el mundo, quienes mejor conocíamos al atacado. Comencé, pues, a contar, secundado por Grodzki, y no nos bastó aquella noche. Continué narrando la noche siguiente y hasta una tercera. Pero en el curso de esta tercera noche desaparecieron

todos nuestros oyentes salvo dos, los únicos que, no teniendo cargos oficiales, tampoco temieron escuchar la verdad.

Me pareció, por tanto, necesario dar a mi relato una resonancia más amplia que la que podía ofrecerle una simple versión oral. Y decidí escribir lo que había contado.

He escrito esta vida de Kargan respetando el orden cronológico en que la conté aquella vez. He omitido las interrupciones de mis oyentes, así como sus ademanes, bromas y preguntas. Asimismo he silenciado adrede aquellos hechos o características que pudieran inducir a la identificación de Kargan y ayudar así al lector, siempre dispuesto a ello por naturaleza, a reconocer en la persona descrita a algún personaje histórico preciso y existente. Esta biografía de Kargan no tiene más pretensiones de actualidad que cualquier otra. Tampoco es un ejemplo destinado a ilustrar ningún ideario político. Se hace eco, a lo sumo, de una verdad sempiterna: que el individuo aislado sólo puede sucumbir.

¿Estará Friedrich Kargan destinado a caer definitivamente en el olvido?

Según las noticias que algunos de sus amigos afirman haber recibido recientemente por vía indirecta, aunque muy de fiar, estaría decidido a no frecuentar ya más al mundo civilizado. Es posible, por lo tanto, que algún día acabe por sumirse en la más absoluta de las soledades, sin dejar traza alguna y sin que nadie lo advierta, como una estrella moribunda en una noche silenciosa y envuelta en brumas. Su fin, en este caso, permanecería ignorado, tal como sus comienzos lo habían sido hasta ahora.

I

Friedrich nació en Odesa, en la casa de su abuelo, el rico comerciante en té Kargan. Hijo natural, y por lo tanto mal visto, tuvo por padre a un maestro de piano austríaco apellidado Zimmer, a quien el rico comerciante en té había negado la mano de su hija. El maestro de piano desapareció de Rusia; en vano lo hizo buscar el viejo Kargan al enterarse de que su hija estaba embarazada.

Medio año después, la envió junto con el recién nacido a casa de su hermano, un acaudalado comerciante afincado en Trieste. En aquella casa pasó Friedrich su infancia, que no fue del todo desdichada, aunque él hubiera caído en manos de un benefactor.

Sólo cuando murió su madre—joven aún y de una enfermedad a la que nunca pudieron asignar un nombre exacto—, Friedrich fue trasladado a un cuarto de servicio. Los días festivos y en ciertas ocasiones le permitían sentarse a la mesa con los hijos de la casa. Pero él prefería la compañía de los criados, con los que aprendió a disfrutar del amor y a desconfiar de los grandes señores.

En la escuela primaria reveló ser mucho más talentoso que los hijos de su protector, quien al ver esto le hizo interrumpir sus estudios e ingresar como aprendiz en una agencia marítima, donde Friedrich tendría la oportunidad de convertirse, al cabo de algunos años, en un hábil empleado con ciento veinte coronas de sueldo mensual.

Por esa época se fue multiplicando el número de desertores, emigrantes y víctimas de los pogroms que llegaban de Rusia por las fronteras austríacas. Y las compañías de navegación empezaron a instalar sucursales en las ciuda-

des fronterizas de la monarquía con el fin de «recapturar» a aquellos emigrantes y enviarlos al Brasil, Canadá o Estados Unidos.

Estas filiales disfrutaban del beneplácito de las autoridades. Era evidente que el gobierno austríaco quería alejar lo antes posible del país a aquellos refugiados pobres, sin trabajo y más bien peligrosos, pero confirmar al mismo tiempo el rumor de que los desertores rusos recibían billetes de embarque y cartas de recomendación para ciertos países de ultramar... de suerte que el deseo de abandonar el ejército se apoderara, en Rusia, de un número cada vez mayor de descontentos. Las autoridades recibieron, probablemente, la consigna de no vigilar muy de cerca la actividad de estas filiales.

No era, sin embargo, fácil encontrar funcionarios hábiles y de fiar para las tales agencias fronterizas. Los de más edad se negaban a abandonar su país, sus casas y sus familias. Además, desconocían los idiomas, las costumbres y el tipo de habitantes de esas regiones limítrofes. Y, por último, temían que el trabajo pudiera resultarles algo peligroso.

En el despacho donde trabajaba, Friedrich era considerado un joven diligente y talentoso. Dominaba varias lenguas, entre ellas el ruso. Era más bien circunspecto. Nadie sospechaba que su cortesía apacible y siempre alerta ocultaba en realidad una arrogancia lúcida y silenciosa. Confundían con modestia su orgullo lacónico. La verdad era que detestaba a sus superiores y maestros, a su benefactor y a cualquier forma de autoridad. Era cobarde y reacio a los juegos corporales con gente de su edad; nunca daba ni recibía palizas, evitaba cualquier peligro y su miedo superaba siempre su curiosidad. Se había propuesto vengarse de un mundo que, según creía, lo trataba como a un ser hu-

mano de segunda categoría. El hecho de no poder ir al colegio como los otros muchachos de su edad, como sus primos, laceraba terriblemente su orgullo. Sin embargo, tenía la intención de concluir sus estudios secundarios e ingresar en la universidad para ser luego estadista, político o diplomático..., en cualquier caso, un hombre poderoso.

Cuando le ofrecieron un puesto en una de esas sucursales fronterizas, lo aceptó de inmediato, esperando se produjera algún cambio favorable en su destino y se interrumpiera el curso normal de su carrera de empleado, que era lo que más le aterraba. En ese primer viaje se llevó consigo su prudencia, su astucia y su capacidad de simulación, atributos con que lo había dotado la naturaleza.

Antes de subir al tren que lo llevaría hacia el este, lanzó una mirada nostálgica y cargada de reproches hacia un elegante coche-cama color café que se disponía a partir de Trieste con destino a París. «Algún día seré uno de los pasajeros de ese tren», pensó Friedrich.

II

Cuarenta y ocho horas más tarde llegó a la ciudad fronteriza donde la familia Parthagener dirigía una sucursal de la compañía de navegación. Hacía más de cuarenta años que el viejo Parthagener poseía el albergue Los pies en el cepo. Era la primera casa en la ancha carretera que llevaba de la frontera a la ciudad. A ella llegaban los prófugos y desertores, que eran recibidos luego por aquel viejo de carácter jovial y reposado al mismo tiempo, cuya plateada barba parecía demostrar la ciega voluntad de la naturaleza de investir a todos los hombres con la blancura de la dignidad,

sin tener en cuenta sus pecados ni sus méritos. Unas gafas azules protegían los ojos del señor Parthagener, débiles y reacios a la luz solar, y acentuaban aún más la serenidad de su rostro, dando la impresión de una oscura persiana sobre la ventana de una fachada clara y luminosa. Los asustados fugitivos le cogían confianza enseguida y dejaban al viejo una buena parte de los bienes que lograban llevar consigo.

Gracias a sus gorros blancos de marinero y a sus brazales color azul marino, los tres hijos de Parthagener tenían cierto aire oficial y náutico. Repartían entre los emigrantes prospectos ilustrados en los que se podían ver praderas verde oscuro, vacas de piel manchada, cabañas por cuyas chimeneas subía un humo azul e inmensos campos de tabaco y de arroz. Dichos prospectos irradiaban una paz opulenta y bien alimentada. Los fugitivos sentían nostalgia de Sudamérica, y los Parthagener les vendían billetes de barco.

Mas no todos los emigrantes poseían los papeles necesarios. Y los que carecían de ellos eran remitidos, desde su llegada, a otros países. Vivían un tiempo en enormes barracas, eran sometidos a una desinfección tras otra y emprendían finalmente una larga peregrinación por las prisiones de diversos Estados. Para los que podían pagar había, sin embargo, agencias fronterizas que fabricaban documentos de identidad. Un individuo llamado Kapturak entregaba esta documentación falsa a los prófugos pudientes y circunspectos.

¿Quién era Kapturak? Un hombrecito minúsculo, de tez gris verdosa, complexión enjuta y gestos muy vivaces, barbero y escritorzuelo de profesión, célebre como contrabandista y conocido por las autoridades fronterizas. Su contrabando de mercancías no era más que un pretexto para encubrir el contrabando humano. Y las múltiples detenciones que purgaba en diferentes cárceles del país constituían

sus concesiones voluntarias a la ley. Cada año, en primavera, hace su aparición en la frontera como un ave migratoria. Sale de una de las muchas prisiones del interior del país. La nieve empieza a fundirse. En las noches encapotadas cae una lluvia tibia y olorosa. Y la frontera duerme. Uno puede atravesarla en silencio, sin ser visto.

Trabajaba durante los meses de febrero, marzo y abril. En mayo se instalaba en un tren, de día, con un paquetito de mercancías no declaradas, simulaba un intento de fuga en el curso de una inspección y se hacía detener. A veces se permitía unas vacaciones y viajaba a Karlsbad, a curarse de sus males de estómago.

La familia Parthagener trabajaba con él. Por la mañana, una hora después del amanecer, Kapturak conducía a sus protegidos al albergue Los pies en el cepo, donde todos pagaban con antelación tres días de pensión completa. Luego se presentaba uno de los jóvenes Parthagener con sus prospectos.

Sin embargo, algún empleado de la agencia tenía que cruzar de vez en cuando la frontera, de noche, y realizar una especie de «sondeo». Pues, a veces, Kapturak solía guiar a sus fugitivos a través de otra ciudad, llevándolos a otros albergues y poniéndolos en manos de otros Parthageners y otras agencias. Y había que sorprenderlo cuando aún estuviera en territorio ruso, en alguna «cantina fronteriza», como suelen llamarlas.

Friedrich llegó al albergue de los Parthagener un soleado día de marzo de 1908. Los carámbanos del canalón gotteaban con uniforme alegría. El cielo era de un intenso azul claro. El viejo Parthagener se hallaba sentado ante la puerta de su albergue. Una costra sucia y grisácea cubría la nieve amontonada a ambos lados de la carretera. El invierno empezaba a descomponerse.

Friedrich era lo bastante joven como para observar todos los cambios que se iban operando en la naturaleza y relacionarlos con sus propias vivencias. Bebió, pues, la extraña luminosidad de aquel día, una luz fuerte como el joven y cálido viento del sudeste, la penumbra del oblicuo portal y la plateada dignidad del anciano.

—La semana que viene podrá hacerse cargo de una «partida»—dijo el anciano a sus hijos, que, tocados con sus deslumbrantes gorras de marino, se hallaban de pie junto a la ventana abierta—. ¡Adelante!—dijo luego a Friedrich—: ¡Tome usted algo!

Y a partir de entonces Friedrich se instaló en el albergue. Los pies en el cepo.

III

Una semana más tarde fue enviado a una «cantina fronteriza» para ocuparse de una «partida». Aunque el tren llegó a las once de la noche, no dejaron cruzar la frontera hasta las tres de la mañana. Cuatro desertores dormían en el suelo, en doble fila, utilizando sus hatillos como almohada. Detrás del mostrador se hallaba sentado el posadero sordomudo. Solía abrir mucho los ojos que, sustitutos de sus orejas, le permitían escuchar. Pero esta vez no había nada que escuchar. Kapturak dormitaba en un sillón. Savelli, un caucasiáno enjuto y muy moreno, se apoyaba en la puerta con aire amenazador. No quiso tomar asiento por miedo a dormirse. Y tampoco confiaba en Kapturak. El gobierno se hallaba dispuesto a pagar una suma elevada por Savelli. Y ¿cómo saber si Kapturak no tendría intenciones de entregarlo?

Excepto Friedrich, ninguno de los presentes disfruta-

ba del ambiente aventurero de esa hora nocturna, habitual para quienes se dedicaban al contrabando hacía años. Los desertores, vencidos en aquel instante por el agotamiento, no recordarían sino años más tarde y en países remotísimos aquel lugar siniestro, a medio camino entre la muerte y la libertad, y el silencio de esa noche redonda en cuyo centro aquel bar era lo único iluminado: el núcleo luminoso de una gran oscuridad. Sólo Friedrich escuchaba el tictac lento y uniforme de un reloj que iba contando sus propios segundos como si en la composición del tiempo intervinieran las preciosas gotas de un metal noble y extraño. Solamente él contemplaba las enormes y perezosas moscas que revoloteaban en torno al quinqué, cuya mecha se hallaba reducida a un estrecho borde y cuya ancha pantalla de cartón pardo oscurecía la mitad superior de la habitación. Y sólo él oyó además el silbido lejano de una locomotora, que resonó en la noche como el grito de auxilio de un hombre angustiado.

Hacia las dos de la madrugada se escuchó un nuevo silbido, más entrecortado, sofocado y tímido. Kapturak lo oyó, e incorporándose de un salto, despertó a los durmientes, que se echaron su hatillo al hombro y salieron. La noche era brumosa y húmeda, y el suelo estaba empapado. Se oían los pasos de cada cual por separado. Atravesaron un bosque. De pronto, Kapturak se detuvo.

—¡Al suelo!—dijo en un susurro, y todos se tumbaron en silencio. Una rama crujió.

Al cabo de un momento, Kapturak se incorporó brusca-mente y echó a correr.

—¡Sígueme!—gritó. Y todos saltaron un foso detrás de él y corrieron hasta el lindero del bosque. Un disparo retumbó a sus espaldas, prolongándose en un largo eco.

Ya estaban fuera del país. Los hombres caminaban en silencio, con pasos lentos y graves. Podía oírse la respiración

de cada uno. Friedrich no lograba verlos, pero recordaba sus caras simples de campesinos, achatadas y de frente diminuta, así como sus torsos macizos y sus pesados miembros.

Sintió cariño por ellos, pues compartía su desdicha. Pensó en las innumerables fronteras del gigantesco Imperio. Aquella noche, miles de hombres como éstos emigrarían de su país, huyendo de un mal para caer en otros. La inmensa noche silenciosa se iría poblando de rostros miserables y achatados, de torsos macizos y pesados miembros.

El alba empezó a despuntar al este. Como obedeciendo a una orden, todos se detuvieron de improviso y volvieron la cara hacia la dirección por la que habían venido, como si esa noche que dejaban ahí atrás fuera su patria, y la mañana, la frontera. Inmóviles, se despidieron de la patria, de un cortijo, de un animal, de una madre: éste de un centenar de *desiatinas*,¹ aquél de una sola parcela de terreno, del repique de una campana determinada, del canto de un gallo, del chirrido de alguna puerta familiar. Y así permanecieron un buen rato, como participando en la celebración de un ritual. De pronto, Savelli entonó una canción militar con voz fuerte y clara. Todos lo secundaron. Aún les quedaba una hora larga de marcha hasta el albergue de Parthagener.

IV

—Probablemente sea éste su himno de acción de gracias —dijo en voz muy alta Kapturak a Friedrich. Pese a que todos cantaban, Savelli lo escuchó y repuso:

¹ Antigua medida rusa de superficie. [Todas las notas son del traductor].